Ángel González, la coherencia en sílabas contadas

Benjamín Prado

Para algunas personas, la coherencia es la coartada de la intolerancia; para otras es una virtud de orden moral, y estas últimas no creen que sea una simple casualidad el hecho de que baste desordenar y reorganizar un poco las letras de ese sustantivo, *coherencia*, para que con ellas se pueda escribir la palabra *conciencia*. Ser coherente no significa ser impermeable o incapaz de cambiar, sino defender tus ideas con honradez pero sin fanatismo y, cuando sea necesario, permitir que se hagan del tamaño de la realidad, que siempre está en proceso de transformación.

Coherente hasta la médula, Ángel González tituló su obra poética completa *Palabra sobre palabra*, pero también podría haberla llamado igual que su segundo libro, publicado en 1961, *Sin esperanza, con convencimiento*, porque esos dos sustantivos la simbolizan y resumen a la perfección su largo viaje literario, que va desde *Áspero mundo* (1956) a su libro póstumo, *Nada grave*, en el que trabajaba cuando le sorprendió la muerte, en enero de este año 2008, justo cuando su tradicional mala salud parecía un poco menos mala que nunca.

Actuar sin esperanza pero con convencimiento está sólo al alcance de las personas que poseen un alto nivel de compromiso. La falta de esperanza es la primera obligación del pesimista, aquel que ha aprendido, tanto de la Biología como de la Historia, que no resulta coherente confiar ni en el porvenir ni en el pasado, el

primero porque está lleno de incertidumbres y, tal y como van las cosas en este mundo, también de negros presagios; y el segundo porque está hecho, al menos en parte, de una suma de mentiras y verdades interesadas. «Te llaman porvenir / porque no vienes nunca», dice el autor de *Tratado de urbanismo* (1967) en uno de sus poemas; y en otro: «Un hombre nunca sabe qué pasado le espera». Está claro.

Por mucho que siempre sea difícil definir algo complejo con una sola palabra, si me viese en la obligación de elegir una que simbolice la poesía de Ángel González, optaría por la palabra *angustia*. No es muy complicado, además, ver esa angustia crecer y multiplicarse en el niño González, que nunca dudó en definirse a sí mismo como un «niño de la guerra», mientras caminaba por las calles de Oviedo durante los terribles años cuarenta, los de la represión que los sublevados de 1936 llevaron a cabo contra los vencidos; y después, cuando ya se movía entre su ciudad natal y Madrid, en aquellos años cincuenta que aún eran los del hambre y el miedo, en los que el poeta ya publicaba su primer libro para preguntarse desde sus páginas iniciales y en un poema célebre que él solía definir como su sintonía, por todo el sufrimiento y toda la opresión que otras personas cercanas y desconocidas habían tenido que padecer «para que yo me llame Ángel González». Ese tema, el de la identidad, entendida como seña personal pero también como límite o distancia de uno mismo, es uno de los que vertebran toda su producción y, sin duda, dan un indicio fiable de su pensamiento: cuando vuelve a tocar ese asunto, treinta y seis años más tarde y en Deixis en fantasma (1992), dice: «Cuando escribo mi nombre, / lo siento cada día más extraño. / ¿Quién será ése? / —me pregunto. / Y no sé qué pensar. / Ángel. / Qué raro.» Y si para entonces lo que dominaba su estado era el asombro, en 1971, cuando publicó *Breves acotaciones para una biografía*, estaba entregado al fatalismo de quien se conoce y sabe que su camino lleva a la oscuridad: «Cuando tengas dinero regálame un anillo, / cuando no tengas nada dame una esquina de tu boca, / cuando no sepas qué hacer vente conmigo (...) / Pero ya te lo dije: / cuando quieras marcharte ésta es la puerta: / Se llama Ángel y conduce al llanto.»

Es lógico, y seguramente inevitable, que la huella de esos años crueles de la Guerra Civil y la interminable posguerra no sólo se

dejase ver en el carácter de Ángel González, sino que también sea una marca distintiva de su poesía, que desde luego es abiertamente confesional. Porque si por el lado de la biografía el espanto surgido del golpe de Estado alcanzó de lleno a la familia González, cuyo hermano mayor, Manuel, fue fusilado, el segundo, Pedro, tuvo que exiliarse por su condición de soldado de la República y pasar el resto de sus días en Francia y la tercera, la hermana maestra que se llamaba Maruja, fue desposeída de su plaza y condenada a malvivir dando clases particulares; por el lado de la literatura; por el lado de la literatura, ¿de qué va a escribir alguien que sobrevive en un país asfixiado por una dictadura, en el cual, como él mismo afirma, «quien no pudo morir continuó andando» y en el que muy pronto iba a tener que ocupar su puesto entre los vencidos, hasta saber que «se paga con la muerte / o con la vida, / pero se paga siempre una derrota», tal y como dice en su obra *Grado elemental* (1962).

A pesar de todo ello, si algo nos enseñan los versos de Ángel González es que el desánimo ni siempre equivale a la rendición ni fomenta la cobardía, ni impide la lucidez. Por eso fueron y son tan valientes sus poemas de contenido político o social –lo mismo los que atacan de frente como los que lo hacen desde las esquinas de la ironía, un arte que el autor de *Tratado de urbanismo* cultivaba con admirable destreza–, y son tan implacables los que dedica a analizar los vicios de la naturaleza humana: la hipocresía, la deslealtad, la ambición, la crueldad, el cinismo... La poesía de Ángel González es desesperanza, pero también convencimiento, y por eso llevar un libro suyo en la mano es como llevar un hermoso puñal: una mezcla de nácar suave y acero afilado. *Deixis en fantasma* termina con un poema que empieza de este modo: «Largo es el arte; la vida en cambio corta / como un cuchillo.» Puede que sea cierto, pero a pesar de todo, lo que aprendemos en los libros de Ángel González no es a rendirnos, sino a luchar, no a callarnos, sino a alzar la voz. ¿Se puede ser al mismo tiempo pesimista y combativo? El autor de *Palabra sobre palabra*, un título que ya en sí mismo explica que nos encontramos ante un hombre constante y no pasivo o dócil, demuestra en sus poemas que eso es posible y que un escritor se puede comprometer al mismo tiempo con la justicia y con la literatura, hasta poder llegar a afirmar que «para

vivir un año es necesario / morirse muchas veces mucho»», cuando sabe que la realidad no existe si nadie la cuenta, si no la rescata con la red del lenguaje de las manos de los manipuladores que la envenenan, la toman como rehén y la desvirtúan. Tal vez por eso, gracias a ese convencimiento que proporciona la fe en la cultura, un pesimista sin esperanza puede volverse paradójico y escribir que siempre «habrá palabras nuevas para la nueva historia / y es preciso encontrarlas antes de que sea tarde.»

Además de no ser nunca sumisa, la poesía de Ángel González no es siempre amarga, porque a menudo le opone al desaliento el doble recurso del humor y del amor, y si el autor de *Prosemas o menos* (1984) es un maestro del sarcasmo, también lo es de la amistad y el amor. Para certificar la primera parte de esa afirmación podemos rastrear en su obra los poemas escritos sobre, para y con colegas y maestros como Blas de Otero, Claudio Rodríguez, Vicente Aleixandre o Jorge Guillén; para dar fe de la segunda, basta con leer cualquiera de sus libros, porque en todos ellos hay grandes poemas amorosos, aunque eso no siempre significa que sean poemas dulces, ni siquiera amables, porque en ellos se analiza también la dificultad que entrañan todas las relaciones sentimentales, tan llenas de bordes, márgenes, filos... La suma de todo eso forma el perfil de un hombre seriamente enamorado, que no es aquel que canta al amor perfecto y sin complicaciones, sino el que hace un relato de los abismos que está dispuesto a saltar para no perder a la persona a quien quiere. Su última obra publicada, *Otoños y otras luces*, es un ejemplo inmejorable de todo ello, y cuando el lector inmediato pueda leer los poemas oscuros de *Nada grave* sabrá que éstos lo son aún más, todavía de un modo más punzante, a ratos más doloroso.

La poesía de Ángel González traza círculos y sus versos pasan una y otra vez por esos tres temas, la identidad, el compromiso y el amor, acotando un espacio en el que las respuestas a la Historia están en el centro y las preguntas privadas en los extremos: eso es la poesía de este autor al que todavía cuesta y costará mucho emparejar con los verbos en pasado, que son la marca que la muerte grava en la piel de los desaparecidos. Ojalá que sus muchos lectores nunca olviden, a la vez que disfrutan con la belleza de sus poemas, todo lo que en este país tuvo que pasar para que

él se llamase Ángel González, ese hombre que empezó siendo un gran poeta y ha terminado siendo un poeta inevitable. Después de su partida, llega el libro *Nada grave* que con su ironía habitual niega lo que nos parece a todos sus amigos y admiradores su marcha: algo grave, imposible de sustituir por ninguna otra cosa ©